



Voltaire

Las Cartas de  
Amabed



**E LEJANDRIA**

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LAS CARTAS DE AMABED

VOLTAIRE

**PUBLICADO: 1769**  
**FUENTE: BNE DIGITAL**  
**TRADUCCIÓN: JOSÉ MARCHENA**  
**EDICIÓN ORIGINAL: MADRID, BIBLIOTECA PEROJO, 1878**

Se corrige la ortografía y se modernizan términos arcaicos.

# CARTAS DE AMABED

TRADUCIDAS POR EL ABATE TAMPONET

## CARTA PRIMERA

DE AMABED A CHASTASID, SUMO BRAHMÁN DE MADURÉ

Benarés, a 2 del mes del ratón, año 115652 de la renovación del mundo.

Luz de mi alma, padre de mis pensamientos, tú que guías a los humanos en las vías del Eterno: a ti, docto Chastasid, amor y respeto.

Ya me he familiarizado con la lengua china, conformándome a tus prudentes consejos, tanto que leo con fruto sus cinco Kings , que me parece que son tan antiguos como nuestro Shastra , que tú interpretas, y como las cinco sentencias del primer Zoroastro y los libros del egipcio Thaut.

Le parece a mi alma, que se dilata en presencia de la tuya, que todos estos cultos y escritos nada han tomado unos de otros, porque nosotros somos los únicos a quienes Brahma, confidente del Eterno, ha enseñado la rebelión de las criaturas celestiales, el perdón que les otorgó el Eterno y la formación del hombre; y creo que los demás nada han dicho de todas estas cosas. Mas creo todavía que ni los chinos ni nosotros debemos nada a los egipcios, que no han podido formar una sociedad instruida y civilizada hasta muchos siglos después que nosotros, habiendo tenido que domar el Nilo antes de poder cultivar sus campos y edificar sus ciudades.

Confieso que nuestro divino Shastra no tiene más de cuatro mil quinientos cincuenta y dos años de antigüedad; pero nuestros antiguos monumentos prueban que esta doctrina se enseñaba de padres a hijos más de cien siglos

antes de la publicación de este libro sagrado. Sobre todos estos puntos aguardo las instrucciones de tu paternidad.

Desde la toma de Goa por los portugueses han venido algunos doctores de Europa a Benarés. Hay uno a quien enseño yo la lengua india y que me da lecciones de un guirigay que corre en Europa y que llaman el italiano. Es una lengua muy graciosa, casi todas las voces acaban en a , en e , en i o en o ; la aprendo con facilidad y en breve tendré la satisfacción de leer los libros europeos. El doctor se llama el padre Fa-tutto; me parece cortés y halagüeño, y le he presentado a Hechizo de los ojos, la hermosa Adaté, que me destinan para esposa mis parientes y los tuyos. Adaté aprende el italiano conmigo, y desde el primer día conjugamos ambos el verbo amo ; los otros verbos nos han costado dos días cada uno para aprenderlos. Después de Adaté, tú eres el mortal que está más cerca de mi corazón. Ruego a Birma y a Brahma que conserven tu vida hasta la edad de ciento treinta años, porque pasado este término el vivir es una carga.

---

## RESPUESTA DE CHASTASID

He recibido tu carta, espíritu hijo de mi espíritu. Ojalá Durga, montada en su dragón, extienda sin cesar sobre ti sus diez brazos vencedores de los vicios.

Verdad es, y no nos debemos vanagloriar de ello, que somos el pueblo más antiguamente civilizado del mundo, y los chinos mismos no lo niegan. Los egipcios son un pueblo moderno instruido por los caldeos. No nos vanagloriemos porque somos los más antiguos, y pensemos en ser los más justos.

Has de saber, querido Amabed, que hace poco tiempo penetró hasta los occidentales un mal formado bosquejo de nuestra revelación sobre la caída de los seres celestiales y la renovación del mundo. En una traducción arábiga de un libro siríaco, escrito unos mil cuatrocientos años hace, he leído estas expresiones: «El Eterno tiene atadas con eternas cadenas hasta el día

grande del juicio a las potencias celestiales que amancillaron su primitiva dignidad». Para probarlo cita su autor otro libro compuesto por uno de sus primeros hombres, llamado Enoc. Ya ves que las naciones bárbaras nunca han recibido otra ilustración que los engañosos y débiles destellos que del seno de nuestra luz hasta ellos han llegado.

Caro hijo mío, yo recelo los mayores males de la irrupción de los bárbaros de Europa en nuestros afortunados climas. Sobrado bien sé quién es ese Albuquerque, que de las playas de Occidente ha venido a este país, objeto del cariño del astro del día. Albuquerque es uno de los más ilustres bandidos que han assolado la tierra; que contra la pública fe se ha hecho dueño de Goa, ahogando en su propia sangre a hombres justos y pacíficos. Estos occidentales viven en un país pobre que produce muy poca seda, y ni algodón, ni azúcar, ni especerías ningunas, y hasta la tierra con que fabricamos la porcelana les falta. Dios les ha negado el árbol de cocos que da sombra, albergue, vestido, alimento y bebida a los hijos de Brahma, y solamente tienen un licor que les hace perder la razón; su divinidad verdadera es el oro, y van a buscar a este dios al cabo del mundo.

En buena hora que sea tu doctor un hombre de bien; pero el Eterno quiere que no nos fiemos de esos extranjeros; que si son corderos en Benarés, dicen que son tigres en los pueblos donde se han establecido los europeos. Plegue al cielo que nunca el padre Fa-tutto os dé que sentir a ti ni a la bella Adaté, pero no sé qué celos me asustan. Adiós, y Él quiera que Adaté, unida contigo con los santos vínculos del matrimonio, disfrute en tus brazos los contentos celestiales.

Esta carta te la entregará un baniano que no saldrá de aquí hasta la luna llena del elefante.

---

## CARTA SEGUNDA

DE AMABED A CHASTASID

Padre de mis pensamientos: he tenido lugar para aprender esta jerigonza de Europa antes que llegara a las orillas del Ganges tu mercader baniano. El padre Fa-tutto sigue manifestándome la más sincera amistad, y me empiezo a persuadir de veras de que no se parece a los pérfidos cuya maldad con tanta justicia temes: lo único que me pudiera infundir recelos es que me elogia mucho, y que no hay ponderaciones que no haga de Hechizo de los ojos; pero, no obstante, me parece un sujeto virtuoso y sensible.

Hemos leído juntos un libro de su país que me ha parecido muy extraño; es una historia universal del mundo en que no se habla palabra de nuestro antiguo imperio, ni de los inmensos países más allá del Ganges, ni se mienta China ni la vasta Tartaria. Menester es que sean muy ignorantes los autores de esta parte de Europa, y yo los comparo con unos villanos que ponderan infinito sus chozas y no saben dónde está la capital, o más bien a los que piensan que se acaba el mundo en los confines de su horizonte. Lo que más he extrañado es que cuentan los años desde la creación del mundo de distinto modo que nosotros. Me ha enseñado mi doctor europeo uno de sus almanaques sagrados, según el cual se hallan ahora sus paisanos en el año 5552 de su creación, o en el año 6244, o en el año 6940, como uno quiera. Esta extravagancia me dejó admirado, y le pregunté cómo podía haber tres épocas distintas de un suceso mismo.

—Tú no puedes —le dije— tener treinta, cuarenta y cincuenta años a un tiempo; ¿pues cómo puede tener tu mundo tres fechas contrarias?

Me respondió que las tres fechas se encontraban en el mismo libro, y que ellos estaban obligados a creer las contradicciones para humillar la soberbia del entendimiento. Este mismo libro trata de un primer hombre llamado Adán, de un tal Caín, de otro nombrado Matusalén y de otro Noé que plantó las viñas después que el Océano hubo sumergido todo el globo; por fin, de innumerables cosas de que nunca había yo oído hablar ni leído en ninguno de nuestros libros. La hermosa Adaté y yo nos hemos reído mucho cuando no está delante el padre Fa-tutto, pues estamos sobradamente bien criados y embebidos en tus máximas para reírnos de nadie en su cara.

Mucho me duelo de estos infelices de Europa que no han sido criados hasta 6940 años hace, cuando más, mientras que nuestra era es de 115652 años; y más los compadezco de que les falte la pimienta, la canela, el clavo, el té, el café, la seda, el algodón, el barniz, el incienso, los aromas y todo

cuanto puede hacer grata la vida: preciso es que la Providencia no se haya acordado de ellos por espacio de largos siglos. Pero lo que más compasión me causa es que vengan de tierras tan lejanas a robar nuestros géneros por fuerza de armas. Dicen que en Calicut han cometido atrocidades horrosas por un poco de pimienta, cosa que hace estremecer la naturaleza india, que es en todo distinta de la de ellos; porque tienen los muslos y el pecho cubiertos de vello, la barba larga, carnívoro el estómago, y se emborrachan con el jugo fermentado de la vid plantada, según dicen, por su Noé.

Hasta el padre Fa-tutto, que es tan cortés, ha degollado dos pollos, los ha puesto a hervir en una caldera y se los ha comido sin misericordia: acción inhumana que le ha hecho aborrecible en toda la vecindad, y no nos ha costado poco aquietarla. Dios me lo perdone, pero creo que si le hubieran dejado se habría comido nuestras vacas sagradas que nos dan leche. Ha dado palabra de no cometer más asesinatos de pollos y contentarse con huevos frescos, lácteos, arroz, nuestras excelentes legumbres, pistachos, dátiles, cocos, almendrados, bizcochos, piñas, naranjas y todo cuanto produce nuestro clima bendito del Eterno.

De algunos días acá me parece más fino con Hechizo de los ojos, y ha compuesto para ella dos versos italianos que acaban en o . Este cumplido me gusta mucho, porque ya sabes que cifro mi felicidad en que hagan justicia a mi querida Adaté. Adiós. Me pongo a tus plantas, que siempre te han conducido por la vía recta, y beso tus manos, que nunca han escrito más que la verdad.

---

## RESPUESTA DE CHASTASID

Amado hijo en Birma y en Brahma: no me gusta tu Fa-tutto que mata pollos y compone versos para tu querida Adaté. Plegue a Birma que salgan vanas mis sospechas.

Te puedo jurar que en parte ninguna del mundo fue conocido su Adán ni su Noé, puesto que son tan modernos; y ni aun Grecia, que cuando se acer-

có Alejandro a nuestras fronteras era el receptáculo de todas las fábulas, los oyó mentar nunca. No me espanta que gentes aficionadas al vino, como lo son los pueblos occidentales, tanto aprecio hagan de él, que, según ellos dicen, plantó la vid; pero está cierto de que la antigüedad nunca supo de Noé. Es cierto que en tiempo de Alejandro había en un rincón de Fenicia un pueblecillo de regatones y usureros que había sido mucho tiempo esclavo en Babilonia, y que durante su cautividad fraguó una historia, en la cual historia solamente se trata de Noé. Habiendo luego este pueblecillo conseguido privilegios en Alejandría, vertió sus anales en griego; después se han traducido en arábigo; pero hasta estos últimos tiempos nuestros doctos no tenían de ellos ni la más leve tintura, y esta historieta la miran con desprecio, no menos que al miserable aduar que la escribió.

Cosa ridícula efectivamente fuera que, siendo todos los hombres hermanos, hubieran perdido sus papeles de familia y que estos se hubiesen encontrado en una mezquina manada de usureros y leprosos. Mucho me temo, querido amigo, que los conciudadanos de tu padre Fa-tutto, que, como tú me dices, han abrazado semejantes ideas, sean tan desatinados y risibles como son interesados, alevos y crueles.

Cásate cuanto antes con tu preciosa Adaté, porque te repito que más que a los Noés temo a los Fa-tuttos.

---

## CARTA TERCERA

### DE AMABED A CHASTASID

Bendito eternamente sea Birma que crió al hombre para la mujer. Bendito seas tú, amado Chastasid, que tanto te interesas en mi felicidad. Hechizo de los ojos es mía, soy su esposo. No vivo en la tierra, estoy en el cielo. Solo tú has faltado en la divina ceremonia. El doctor Fa-tutto ha sido testigo de nuestros santos empeños; y aunque no es de nuestra religión, no ha puesto reparo ninguno en oír nuestros himnos y preces, y ha estado muy contento en el banquete de boda. El peso de mi ventura me rinde. Tú disfrutas otra

dicha, poseyendo la sabiduría; pero la sin par Adaté me posee a mí. Vive largos años feliz y sin pasiones, mientras que la mía me tiene absorto en un piélago de delicias. No te puedo decir más, que vuelo a los brazos de Adaté.

---

## **CARTA CUARTA**

### DE AMABED A CHASTASID

Caro amigo y padre amado: la tierna Adaté y yo vamos a pedirte la bendición, que no fuera perfecta nuestra felicidad si no desempeñáramos esta obligación de nuestros amantes pechos. ¿Crearás que vamos a pasar por Goa, en compañía del célebre mercader Cursom y su mujer? Dice Fa-tutto que Goa es ahora la ciudad más hermosa de la India, que nos recibirá el grande Albuquerque como embajadores y nos dará un navío de tres palos que nos lleve a Maduré: se lo ha persuadido a mi mujer; y así que ha querido ella pasar por Goa, yo he venido en ello. Fa-tutto nos ha dicho que, más que portugués, hablaban italiano en Goa. Hechizo de los ojos está ansiando por servirse de un idioma que acaba de aprender, y yo me complazco solo en darle gusto. Dicen que ha habido personas que tenían dos voluntades: Adaté y yo no tenemos más que una, porque a ambos nos alienta una misma alma. En fin, mañana nos ponemos en camino con la esperanza halagüeña de verter, antes que pasen dos meses, lágrimas de júbilo y ternura en tus dulces brazos.

---

## **CARTA PRIMERA**

### DE ADATÉ A CHASTASID

Goa, a 5 del mes del tigre, año 115652 de la renovación del mundo.

Birma, oye mis voces, contempla mis llantos, libra a mi caro esposo. Brahma, hijo de Birma, presenta a tu padre mi dolor y mis temores. Generoso Chastasid, tú, más cuerdo que nosotros, habías previsto nuestras desgracias. Nunca más te escribiré mi querido Amabed, tu discípulo, mi tierno esposo, que está en una mazmorra que llaman los bárbaros "la cárcel". Unos hombres que yo no puedo definir y que aquí llaman inquisitoria, sin que yo sepa lo que este vocablo significa; estos monstruos, al otro día de nuestro arribo, nos prendieron a mi marido y a mí y nos metieron a cada uno en una mazmorra separada como si estuviéramos difuntos; mas si lo estuviéramos, juntos nos debían enterrar. No sé qué han hecho con mi querido Amabed. A mis antropófagos les he dicho: "¿Dónde está Amabed? No le matéis y dadme la muerte a mí"; pero nada han respondido. "¿Dónde está?", repetí, "¿Por qué me habéis separado de él?". A todos mis gritos han guardado obstinado silencio y me han puesto en cadenas. Una hora hace que me dejan alguna más libertad, y el mercader Cursom ha encontrado medio de que recibiera papel, algodón, un pincel y tinta. Todo lo empapan mis lágrimas, la mano me tiembla, los ojos se me empañan y me muero.

---

## CARTA SEGUNDA

### DE ADATÉ A CHASTASID, ESCRITA EN LAS CÁRCELES DE LA INQUISICIÓN

Divino Chastasid: ayer estuve largo rato desmayada y no pude acabar mi carta: cuando volví un poco en mí la cerré y me la puse en el seno, que no mamarán nunca los hijos que de Amabed esperaba, porque moriré antes que me conceda Birma la fecundidad.

Esta madrugada, al rayar el día, entraron en mi mazmorra dos espectros armados con alabardas, que traían al cuello unas cuentas ensartadas y en el pecho cuatro listones encarnados cruzados; y sin articular palabra me agarraron de las manos y me llevaron a un aposento donde no había más muebles que un bufete grande, cinco sillas y un cuadro grande que figuraba un hombre desnudo con los brazos abiertos y los pies juntos. Entraron luego

cinco personajes vestidos de ropajes negros con una camisa encima del ropaje, y encima de la camisa dos piezas largas de tela listada. Atemorizada me caí en el suelo; pero cuál fue mi asombro cuando entre estos cinco fantasmas vi al padre Fa-tutto. Se sonrojó este al verme; pero mirándome con rostro sereno y compasivo, que por un rato me quitó un poco el miedo, le dije:

— ¡Ah, padre Fa-tutto! ¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de Amabed? ¿En qué piélagos me habéis metido? Dicen que hay naciones que viven de sangre humana: ¿van a darnos la muerte y a devorarnos?

En respuesta alzó los ojos y las manos al cielo, pero con tan triste y cariñoso ademán que no sabía yo qué pensar.

Al fin soltó la lengua el presidente de este consejo de mudos, y dirigiéndose a mí, me dijo:

— ¿Es verdad que estáis bautizada?

Tan absorta me tenían el pesar y la confusión que no pude responderle al principio. Repitió, pues, la misma pregunta con voz tremenda; se me heló la sangre y se me pegó la lengua a la boca; por fin reiteró tercera vez las mismas palabras, y yo le respondí "sí", porque nunca debemos mentir; y estoy bautizada en el Ganges, como lo están todos los fieles hijos de Brahma, como lo estás tú, divino Chastasid, y como lo está mi amado y desventurado Amabed. Sí, bautizada estoy, este es mi consuelo, esta mi gloria, y así lo he confesado delante de estos espectros. Apenas salió de mi boca este "sí", símbolo de la verdad, cuando exclamó uno de los cinco monstruos blanquinegros: "¡Apóstata!", y los otros repitieron: "¡Apóstata!". No sé qué significa esta palabra, pero con tono tan lúgubre y espantoso la articularon, que cuando te la escribo se ponen convulsos mis dedos.

Rompió entonces el silencio el padre Fa-tutto, y mirándome con ojos compasivos, les dijo que mi interior era bueno, que salía por fiador mío, que obraría la gracia y que él se hacía cargo de mi conciencia; rematando sus razones, que no he podido comprender, con estas palabras: Io la converterò, que en italiano significan, según entiendo, "yo la revolveré".

"¡Conque me revolverá!", decía yo entre mí, "¿qué entiende por revolverme? ¿Si querrá decir que me restituirá a mi patria?".

— Ah, padre Fa-tutto — le dije —, revolved también al joven Amabed, tornadme mi alma, tornadme mi vida.

Bajó entonces los ojos, habló en voz baja a los cuatro fantasmas en un rincón del aposento, y se fueron con los dos alabarderos, haciendo todos una profunda reverencia al cuadro que representa un hombre desnudo, y se quedó solo conmigo el padre Fa-tutto.

Luego me llevó a un aposento bastante aseado, prometiéndome que si quería guiarme por sus consejos no me volverían a encerrar en la mazmorra.

— Tan pesaroso estoy como vos — me dijo — de cuanto ha sucedido, y me he opuesto cuanto he podido; pero me han atado las manos nuestras santas leyes; por fin, gracias al cielo, ya estáis libre en un buen aposento del cual no podéis salir, y donde vendré yo con frecuencia a consolaros y a trabajar en vuestra dicha presente y venidera.

— ¡Ah! — le respondí —, solo mi querido Amabed puede labrar la mía, y está en una mazmorra. ¿Por qué me han metido en ella? ¿Quiénes son aquellos espectros que me preguntaron si había sido bañada? ¿Me habéis engañado? ¿Sois vos la causa de estas horrorosas crueldades? Llamad al mercader Cursom, que es de mi tierra y hombre de bien; volvedme a mi criada, mi compañera y amiga Dera, de quien me han separado. ¿Está también en un calabozo por haber sido bañada? Que venga y que vuelva yo a ver a mi Amabed, o que me den la muerte.

A mis razones y a los sollozos que las interrumpían respondió con mil ofertas de celo y servicio que me han enternecido, y prometiéndome que me informaría del motivo de todo este espantable suceso, y que conseguiría que me restituyesen a mi pobre Dera ínterin lograba poner en libertad a mi marido. Se compadeció mucho de mí, y noté sus ojos algo llorosos; por fin, al toque de una campana salió de mi cuarto, cogiéndome la mano y poniéndosela en el corazón, que es, como sabes, la señal visible de la sinceridad que es invisible. Una vez que ha puesto mi mano en su corazón no me quiere engañar. ¿Y por qué me ha de engañar? ¿Qué mal le hice para que me persiga? Mi marido y yo le tratábamos tan bien en Benarés; le hice tantos regalos cuando me enseñaba el italiano, y me ha hecho versos italianos; ¿cómo me ha de aborrecer? Como a un bienhechor mío le miraré si me restituye mi desventurado esposo, y si podemos salir ambos de esta tierra

invadida y habitada por antropófagos, e ir a abrazar tus plantas a Maduré y a recibir tu santa bendición.

---

## CARTA TERCERA

### DE ADATÉ A CHASTASID

Sin duda permites, generoso Chastasid, que te envíe el diario de mis inauditos infortunios; que quieras a Amabed, te dueles de sus lágrimas y lees compasivo los quebrantos de un corazón traspasado con mil espadas, que te manifiesta su inconsolable aflicción.

Me han vuelto a mi amiga Dera y lloramos juntas; los monstruos la habían encerrado como a mí en una mazmorra. De Amabed no tenemos nuevas, y puesto que estamos en una casa misma, media entre nosotros un espacio infinito, un caos impenetrable. Mas voy a participarte cosas que hacen estremecer la virtud y despedazarán tu justificado pecho.

Por uno de los dos satélites que acompañan a todas partes a los cinco antropófagos ha sabido la pobre Dera que hay en esta nación un bautismo como entre nosotros. Yo no sé cómo han podido llegar hasta ellos nuestros ritos sagrados. Se han figurado que habíamos sido bautizados según los ritos de su secta, pues son tan ignorantes que no saben siquiera que han aprendido pocos siglos hace de nosotros el bautismo, de suerte que se han imaginado estos bárbaros que éramos de su secta y habíamos renunciado a su religión. Eso quería decir la voz apóstata, que con tanta ferocidad pronunciaban los antropófagos a mis oídos. Dicen que es delito horrendo, y acreedor a los más exquisitos suplicios, ser de otra religión que la suya; y cuando les decía el padre Fa-tutto " Io la converterò " (yo la revolveré), quería decir que me volvería a la religión de los bandidos. No lo entiendo, y está mi alma cubierta de una nube, como mis ojos. La desesperación me turba acaso el entendimiento; pero no puedo atinar cómo este Fa-tutto, que tan bien me conoce, ha podido decir que me volvería a una religión que nunca he oído mentar y que tan ignorada está en nuestros climas como lo estaban

los portugueses antes que aportaran por la vez primera a la India en demanda de pimienta con las armas en la mano. No sabemos qué pensar ni la buena de Dera ni yo; ella presume que el padre Fa-tutto tiene intenciones secretas, pero líbreme Birma de hacer juicios temerarios.

He querido escribir al célebre bandido Albuquerque, implorando su justicia y pidiéndole la libertad de mi amado marido; pero me han dicho que había ido a tomar a Bombay y entrarle a saco. ¡Conque de tan lejos vienen con ánimo de asolar nuestras habitaciones y matarnos, y están bautizados estos monstruos lo mismo que nosotros! Dicen, empero, que ha hecho ese Albuquerque algunas acciones ilustres. Al fin no me queda más esperanza que en el Ser de los seres, que castigue el delito y ampare la inocencia; pero esta mañana he visto un tigre devorando a dos corderos, y me temo que no he de ser tan preciosa a los ojos del Ser Supremo para que se digne socorrerme.

---

## CARTA CUARTA

### DE ADATÉ A CHASTASID

De mi cuarto sale este padre Fa-tutto. ¡Qué conferencia! ¡Qué complicación de alevosías, de pasiones y de iniquidades! ¡Cómo es capaz el corazón humano de reunir tamañas atrocidades, y cómo se las he de escribir a un justo?

Entró temblando y con los ojos bajos, y yo temblaba más que él. En breve se serenó.

—No sé — me dijo — si podré librar a vuestro marido; aquí los jueces suelen ser compasivos con las mujeres mozas, pero con los hombres son muy severos.

—¿Pues qué? ¿No está segura la vida de mi marido?

Caí desmayada al decir esto y él pidió esencias olorosas para hacer que volviera en mí; no las había y envió a mi buena Dera a que las trajera de la

tienda de un baniano, al otro extremo de la calle; en tanto me descubrió el pecho para dar salida a los vapores que me ahogaban. Cuando volví en mí, me quedé asombrada al sentir sus manos en mis pechos y su boca pegada a la mía. Di un horroroso grito y un salto de horror, y me dijo:

—Estaba haciendo lo que manda la caridad, porque era menester desabrocharos y cerciorarme de que alentabais.

—¡Ah! Cuidad de que aliente mi marido: ¿está todavía en una horrible mazmorra?

—No —me respondió—; que aunque con mucho afán, he conseguido que le trasladaran a otro calabozo más cómodo.

—Pero, una y mil veces, ¿qué delito es el suyo y cuál el mío? ¿Qué motivo hay para tan espantosa inhumanidad? ¿Por qué se violan en nosotros los derechos de la hospitalidad, el natural y el de gentes?

—Nuestra santa religión es la que nos manda estas ligeras severidades, porque os acusan a vuestro marido y a vos de que habéis renunciado ambos a nuestro bautismo.

Yo exclamé entonces:

—¿Qué es lo que decís? Nunca hemos sido bautizados a vuestro modo, que lo hemos sido en el Ganges en nombre de Brahma. ¿Sois vos quien habéis hecho creer tan execrable impostura a los monstruos que me han tomado declaración? ¿Qué fin llevabais en ello?

Se defendió negando ser nuestro delator, me habló de virtud y de caridad, y por un instante desvaneció casi mis sospechas, afirmándome que eran muy hombres de bien los espectros, varones de Dios y jueces del alma, que en todas partes tienen santas espías, y con particularidad junto a los extranjeros que aportan a Goa.

—Estas espías —dijo— han hecho juramento a sus colegas, los jueces del alma, delante del cuadro del hombre desnudo, de que habíais sido bautizados Amabed y vos como los ladrones portugueses, y de que él era apóstata y vos apóstata.

¡Oh virtuoso Chastasid! Todo cuanto oigo, todo cuanto veo me hace estremecer desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies.

—¿Conque vos sois —le dije al padre Fa-tutto— uno de los cinco varones de Dios, de los jueces del alma?

—Sí, querida Adaté, sí, Hechizo de los ojos, soy uno de los cinco dominicos delegados por el vice-Dios del universo para disponer, como árbitro supremo, de las almas y los cuerpos.

—¿Qué cosa es un dominico y un vice-Dios?

—Un dominico es un sacerdote, hijo de Santo Domingo, inquisidor de la fe, y un vice-Dios un sacerdote escogido por Dios para representarle, disfrutar de diez millones de rupias al año y enviar por toda la tierra a dominicos vicarios del vicario de Dios.

Espero, gran Chastasid, que me expliques este infernal guirigay, este incomprendible baturrillo de horrores y disparates, de hipocresía y fiereza. Todo esto me lo decía Fa-tutto con tono de tanto candor que en otro tiempo hubiera podido hacer alguna mella en mi ignorante y sencillo espíritu, alzando unas veces los ojos al cielo, clavándolos otras en mí con tiernas y ardientes miradas; pero esta ternura me hacía temblar de horror y susto. Continuamente tengo en la boca, como en el corazón, a mi Amabed. "Volvedme a mi caro Amabed", era el principio, el medio y el fin de todas mis frases.

En este mismo punto llega Dera, que me trae esencias de cinamomo y de amomo. Esta preciosa criatura ha tenido modo para entregar al mercader Cursom mis tres cartas anteriores. Esta noche se va, y dentro de pocos días estará en Maduré. El gran Chastasid se dolerá de mí, verterá lágrimas por la suerte de mi marido, me dará consejo y penetrará un rayo de sabiduría en las tinieblas de mi sepulcro.

---

## **RESPUESTA DEL BRAHMÁN CHASTASID A LAS TRES PRIMERAS CARTAS DE ADATÉ**

Virtuosa y desgraciada Adaté, esposa de mi querido discípulo Amabed, Hechizo de los ojos: los míos han derramado torrentes de lágrimas cuando he leído tus tres cartas. ¿Qué demonio enemigo de la naturaleza ha desatado de lo hondo de las tinieblas europeas los monstruos que la India entera asuelan? ¿Qué? ¿No ves, esposa tierna de mi amado discípulo, que es un pícaro el padre Fa-tutto, que te ha hecho caer en el lazo? ¿No ves que él solo es quien ha hecho meter a tu marido en una mazmorra y quien te ha metido a ti, para que le debieras el beneficio de sacarte de ella? ¿Cuánto exigirá de tu agradecimiento!

Tan asustado estoy como tú. Esta violación del derecho de gentes se la participo a todos los pontífices de Brahma, a todos los omras y rajás, a los nababs, al gran emperador de las Indias en persona, al sublime Babar, Rey de Reyes, primo del Sol y de la Luna, hijo de Mirsamachamed, hijo de Semcor, hijo de Abuchaid, hijo de Miradla, hijo de Timur, para que por todas partes se levante contra los latrocinios de los bandidos de Europa. ¡Qué abominable perversidad! Nunca cometieron semejantes hipócritas horrores los sacerdotes de Timur Gengiskan, Alejandro, Oguscan, Sesac y Baco, que sucesivamente sojuzgaron nuestros santos y pacíficos países. Lejos de eso, dejó Alejandro en todas partes eternos vestigios de su generosidad; Baco solo bienes hizo, que era el valido del cielo. De noche una columna de fuego guiaba su ejército, y de día caminaba delante de sus tropas una nube; atravesaba el mar Rojo a pie enjuto, mandaba al Sol y a la Luna que se parasen cuando era menester; de su frente salían dos haces de rayos divinos; el ángel exterminador estaba a pie cabe él, pero siempre empleaba solo el oficio del ángel del júbilo y la alegría (1). Albuquerque no nos ha traído más que frailes, mercaderes pícaros y homicidas. El justo Cursom me ha confirmado de boca la desgracia de Amabed y la tuya. ¡Ojalá que antes de morir pueda yo libraros a entrambos, o vengaros, y que os saque el eterno Birma de las garras del fraile Fa-tutto! Mi corazón brota sangre por las heridas de los vuestros.

NOTA. Esta carta no llegó a manos de Hechizo de los ojos hasta mucho tiempo después, cuando había salido ya de Goa.

---

## CARTA QUINTA

### DE ADATÉ AL GRAN BRAHMÁN CHASTASID

¿De qué términos me podré valer para explicar mi nueva desventura? ¿Cómo ha de hablar el pudor de la ignominia? Birma, testigo del delito, lo ha consentido: ¿qué haré? La mazmorra donde estaba enterrada es mucho menos horrorosa que mi situación.

Esta mañana entró el padre Fa-tutto en mi cuarto respirando aromas y cubierto de un manteo de seda fina. "Vencimos — me dijo—; ya está firmada la orden de poner en libertad a vuestro esposo". Al oír estas palabras se anegaron en alborozo y en júbilo mis sentidos todos; le llamaba protector mío y padre mío; él se inclinó hacia mí y me dio un abrazo. Yo creí al principio que era una inocente caricia y un casto testimonio de su amistad; pero al instante apartando el cobertor de mi cama, quitándose el manteo, arrojándose sobre mí como un ave de rapiña sobre una paloma, estrechándome con todo el peso de su cuerpo, impidiendo con sus robustos brazos todo movimiento a los míos sin fuerza, suspendiendo en mis labios mis lastimeros ayes con sus culpados besos, ardiente, invencible, inexorable... ¡Qué rato! ¿Por qué no he perdido la vida?

Dera, casi desnuda, vino a favorecerme, pero cuando solo el rayo me podía librar. ¡Oh providencia de Birma! No tronó, y el detestable Fa-tutto llovió en mi seno el rocío encendido de su delito. No, la misma Durga no pudiera con sus diez celestiales brazos haber contenido a este indómito Mosasor (Mahishasura).

Tiraba de él mi querida Dera con todas sus fuerzas; pero figuraos a un pajarillo picando el extremo de las plumas de un buitre que está devorando a una tórtola: esa es la imagen del padre Fa-tutto, de Dera y la pobre Adaté. Por vengarse de sus importunidades la cogió, la derribó con una mano, teniéndome con la otra, y sin compasión la trató como a mí me había tratado. Salió luego muy ufano, como un amo que ha castigado a dos esclavos, diciéndonos: "Sabed que cuando no seáis dóciles, os castigaré a entrambas del mismo modo".

Dera y yo hemos estado un cuarto de hora sin atrevernos a articular una palabra ni a pestañear. Al fin Dera dijo: "¡Ah, señora querida, qué hombre! ¿Son todos los de su especie tan inhumanos como él?". Yo por mí solo en el malhadado Amabed pensaba; que me han prometido que me lo volverían y no me lo vuelven. Como quitarme la vida era abandonarle, no me la he quitado.

Un día hacía que mi único alimento era mi dolor. A la hora acostumbrada no nos habían traído qué comer. Dera estaba asustada y llorosa. Ignominiosa cosa me parecía comer después de lo que nos había sucedido; teníamos, empero, un hambre voraz; no nos traían nada, y después de habernos accidentado de sentimiento nos desmayábamos de hambre. Al fin, ya de noche, nos sirvieron un pastel de pichones, una polla y dos perdices con un solo panecillo chico; y por cúmulo de afrenta una botella de vino puro: agravio el más sangriento que podían hacer a dos mujeres como nosotras después de todo cuanto habíamos padecido. ¿Mas qué podía yo hacer? Me hincé de rodillas y oré así: "¡Oh Birma, oh Visnú, oh Brahma! Ya sabéis que lo que entra en el cuerpo no amancilla el alma; si me habéis dado alma, perdonad la funesta necesidad en que se encuentra mi cuerpo de no ceñirse a legumbres. Bien sé que es un horroroso pecado comer pollo, pero nos vemos precisadas a cometerlo. ¡Ojalá que recaigan tantos delitos sobre la cabeza del padre Fa-tutto, y que después de su muerte se convierta en india joven y desventurada y yo en fraile dominico; que le haga padecer cuantos males él me ha hecho, y que sea todavía más despiadada con él que lo ha sido él conmigo!". No te escandalices, perdóname, virtuoso Chastasid, nos sentamos a la mesa; fuerte cosa es gozar contentos de que nos acusa nuestra conciencia.

P. D.— Así que acabé de comer, escribí una carta al moderador de Goa, que llaman el Corregidor, pidiéndole la libertad de Amabed y la mía y dándole cuenta de todos los delitos del padre Fa-tutto. Dice mi querida Dera que hará que le entregue la carta un alguacil de los inquisidores de la fe, que viene de cuando en cuando a verla a mi antesala y que la estima mucho. Veremos qué resultas tiene una resolución tan osada.

---

## CARTA SEXTA

### DE ADATÉ

¿Creerás, sabio instructor de los hombres, que hay justos hasta en Goa, y que el corregidor don Jerónimo es uno? Se ha compadecido de mi desventura y de la de Amabed; la injusticia le repugna y le indigna el delito. Ha venido con los oficiales de justicia a la cárcel donde estamos encerrados. Esta caverna se llama el palacio del Santo Oficio; pero lo que va a pasarte es que le han negado la entrada; los cinco espectros, acompañados de sus alabarderos, se han presentado a la puerta y han dicho a la justicia: "En el nombre de Dios, te digo que no entrarás". "En el nombre del rey, digo yo que entraré", ha replicado el corregidor, "porque este es recurso de fuerza". "Es caso reservado", respondieron los espectros. Don Jerónimo el justo dijo: "Yo tengo que tomar declaración a Amabed, a Adaté, a Dera y al padre Fa-tutto". "¡Tomar declaración a un inquisidor, a un dominico!", exclamó el capataz de los espectros, "es un sacrilegio: ¡Scomunicato, scomunicato!". Dicen que estas son unas palabras tremendas y que uno a quien se las dicen por lo regular se muere al cabo de tres días.

Se habían exaltado ambos partidos y estaban a punto de cerrar uno con otro, cuando al cabo se han remitido ambos a la decisión del obispo de Goa. Entre estos bárbaros es con corta diferencia un obispo lo que tú entre los hijos de Brahma: un intendente de la religión, que va vestido de morado y lleva en las manos zapatos morados, y los días de ceremonia se pone en la cabeza un pan de azúcar partido en dos. Este ha fallado que ninguno de los dos partidos llevaba razón, y que solamente a su vice-Dios competía sentenciar al padre Fa-tutto; y se ha acordado que sería enviado ante su divinidad con Amabed, con mi fiel Dera y conmigo.

Yo no sé dónde vive este vice, si junto al Gran Lama o en Persia; mas no importa; voy a ver de nuevo a mi Amabed, y en su compañía iría al fin del mundo, al cielo y al infierno. En este instante me olvido de mi mazmorra, de mi cárcel, de las violencias de Fa-tutto, de sus perdices que tuve la cobardía de comerme y de su vino que cometí la flaqueza de beber.

---

## CARTA SÉPTIMA

DE ADATÉ

He vuelto a ver a mi tierno esposo; nos han reunido, le he tenido estrechado en mis brazos y ha borrado la mancha del delito con que me había mancillado el abominable Fa-tutto; como el agua sagrada del Ganges que lava todas las máculas del alma, así me ha restituido él a nueva vida. Solamente la pobre Dera está todavía profanada; pero tus bendiciones y tus oraciones volverán su antiguo esplendor a su inocencia.

Mañana nos hacen embarcar en un navío que da a la vela para Lisboa, que es la patria del altivo Albuquerque; sin duda que allí reside el vice-Dios que ha de juzgar a Fa-tutto y a nosotros; si es vice-Dios, como dicen aquí todos, cierto es que ha de condenar a Fa-tutto. Algún consuelo es este para mí; puesto que menos anhelo el castigo de este tremendo delincuente que ver feliz a mi querido Amabed.

¡Qué suerte la de los flacos mortales, leves hojas juguete de los vientos! Amabed y yo hemos nacido en las riberas del Ganges y nos llevan a Portugal, y nos van a juzgar en un mundo desconocido, a nosotros que nacimos libres. ¿Tornaremos a nuestra patria? ¿Podremos hacer la romería que teníamos meditada a la residencia de tu sagrada persona? ¿Cómo podremos ir mi amada Dera y yo encerradas en el mismo navío que el padre Fa-tutto? Esta idea me llena de susto. Por fortuna iré con mi esforzado esposo, que me amparará; ¿pero qué ha de ser de Dera, que no tiene marido? Al fin nos encomendaremos a la Providencia.

De hoy más mi querido Amabed será quien te escriba; te enviará el diario de nuestras aventuras y te pintará la nueva tierra y los nuevos cielos que vamos a ver. Ruego a Brahma que conserve largos años tu cabeza rasa y el divino entendimiento que en la médula de tu cerebro ha colocado.

## CARTA PRIMERA

## DE AMABED A CHASTASID DESPUÉS DE SU CAUTIVIDAD

¡Conque aún estoy en el número de los vivos! ¡Conque soy yo quien te escribe, divino Chastasid! Todo lo he sabido y todo lo sabes. Hechizo de los ojos no es culpable, ni puede serlo; la virtud reside en el corazón y no en otra parte. El rinoceronte de Fa-tutto, que había cosido a su piel la de un raposo, sustenta con descaro que en Benarés nos ha bautizado a Adaté y a mí a la manera de Europa, que yo soy apóstata y Hechizo de los ojos apóstata, y jura por el hombre desnudo que está aquí pintado en casi todas las paredes que le acusan sin razón de que ha violado a mi querida esposa y a la joven Dera, mientras que Hechizo de los ojos y la bondadosa Dera juran que las ha violado. La inteligencia de los europeos no puede penetrar tan oscuro abismo, y todos dicen que solo su vice-Dios podrá fallar, atento que es infalible.

Mañana nos hace embarcar el corregidor don Jerónimo para que comparezcamos ante este ser extraordinario que nunca se engaña. No reside en Lisboa este supremo juez de los bárbaros, sino mucho más lejos, en una magnífica ciudad llamada Roma (Ruma); nombre absolutamente ignorado entre nosotros indios. ¡Qué terrible viaje! ¡A lo que se hallan expuestos en esta corta vida los hijos de Brahma!

En nuestra compañía van unos mercaderes de Europa, unas cantarinas, dos oficiales veteranos de las tropas del rey de Portugal que han ganado mucho dinero en nuestro país, unos sacerdotes del vice-Dios y algunos soldados.

Mucha ha sido nuestra dicha en aprender el italiano, que es el idioma usual de esta gente; porque, ¿cómo habíamos de entender el guirigay portugués? Lo más horroroso es navegar en el mismo barco que un Fa-tutto. Esta noche nos hacen dormir a bordo para levar anclas mañana al amanecer. Tendremos un camarote de seis pies de largo y cuatro de ancho para mi mujer y Dera, y dicen que es insigne privilegio. Tenemos que hacer todo género de provisiones, y es un rumor y un estrépito indecible. La muchedumbre carga a mirarnos; Hechizo de los ojos llora y Dera tiembla; preciso es armarse de valor. Adiós; encomiéndanos en tus devotas oraciones al Eterno que crió a los desventurados mortales ahora hace ciento quince mil seiscientos cincuenta y dos revoluciones anuales del Sol en derredor de la Tierra, o de la Tierra en derredor del Sol.

---

## CARTA SEGUNDA

### DE AMABED, EN EL CAMINO

Después de un día de navegación se encontró el navío enfrente de Bombay, que ha tomado el exterminador Albuquerque, llamado aquí el Grande. Al punto hemos oído un estruendo infernal; nuestro navío ha disparado nueve cañonazos y de las murallas de la ciudad le han correspondido con otros tantos. Hechizo de los ojos y la joven Dera han creído que era el postrer día de su vida; estábamos envueltos en una densa humareda. ¿Crearás, prudente Chastasid, que son estos sus cumplidos y que de esta manera se saludan los bárbaros? Una lancha ha traído cartas para Portugal, y al punto nos hemos hecho a la vela en el gran mar, dejando a la derecha las bocas del caudaloso río Zombudipo, que llaman estos bárbaros el Indo. Ahora solo descubrimos la región del aire, que nombran cielo estos bandidos tan indignos del cielo, y el mar grande que les ha hecho atravesar su crueldad y su avaricia.

El capitán parece hombre honrado y discreto y no permite que el padre Fa-tutto esté sobre la cubierta cuando tomamos nosotros el fresco, y cuando él está, nosotros estamos abajo; como el día y la noche, que nunca están juntos en un mismo horizonte. No me canso de hacer reflexiones acerca de la suerte que de los desventurados mortales se ríe y que hace que surquemos el mar de Indias con un dominico para que nos juzguen en Roma, a distancia de seis mil leguas de nuestra patria.

En el navío se halla un personaje grave que llaman el capellán, a quien dan dinero para que rece oraciones en una lengua que ni es el portugués ni el italiano, que no entiende nadie en la tripulación y que ni él propio acaso entiende, porque siempre está disputando con el padre Fa-tutto acerca de la significación de las palabras. Me ha dicho el capitán que este capellán es franciscano y que, siendo el otro dominico, están obligados en conciencia a no ser nunca de un mismo dictamen; sus sectas son enemigas declaradas;

por eso andan vestidos de distinto modo, para denotar la diferencia de sus opiniones. El franciscano se llama Fa-molto y me presta libros italianos tocante a la religión del vice-Dios ante quien vamos a comparecer. Mi querida Adaté y yo leemos estos libros y asiste Dera a la lectura. Adaté repugnaba primero a leerlos, temerosa de desagradar a Brahma; pero cuanto más leemos, más nos fortificamos en el amor de los sagrados dogmas que enseñas tú a los fieles.

---

## CARTA TERCERA

### DEL DIARIO DE AMABED

Hemos leído con el capellán las epístolas de uno de los mayores santos de la religión italiana y portuguesa, que se llamaba Pablo. Tú, que posees la ciencia universal, sabes sin duda quién es Pablo. Fue grande hombre: una voz le derribó del caballo y le cegó un rayo de luz. Se alaba de que estuvo como yo en un calabozo, y añade que le pegaron cinco veces treinta y nueve azotes, lo cual compone una suma de ciento noventa y cinco latigazos en las nalgas; más tres veces de palos, sin especificar cuántos; más dice que le apedrearon una vez, cosa más dura porque pocos escapan con vida; más jura que estuvo un día y una noche en lo hondo del mar. Mucho le compadezco; pero en pago fue arrebatado al tercer cielo. Confiésote, iluminado Chastasid, que bien querría que me sucediera otro tanto, aunque hubiese de comprar tan alta gloria a costa de ciento noventa y cinco azotes bien aplicados al trasero.

Glorioso es a un mortal subir al cielo,

Y hasta el caer glorioso:

como dice uno de nuestros más amables poetas indios, que a veces es sublime. Finalmente, veo que llevaron a Pablo a Roma, como a mí, para juzgarle. Así, amado Chastasid, Roma ha juzgado a todos los mortales en

todos tiempos. Cierto que debe de haber en esta ciudad algo que sea superior a lo demás de la tierra; todos cuantos van en el navío no hablan más que de Roma, y en Goa todo lo hacían en nombre de Roma.

Más te diré; el Dios de nuestro capellán Fa-molto, que es el mismo que el de Fa-tutto, nació y murió en un país súbdito de Roma y pagó tributo al zamorín que en esta ciudad reinaba. ¿No te parece todo esto muy extraño? Yo por mí creo que sueño y que todos cuantos están a mi lado también están soñando.

Otras cosas todavía más portentosas nos ha leído nuestro capellán Fa-molto. Unas veces habla un jumento; otras uno de sus santos pasa tres días y tres noches en el vientre de una ballena y sale de él mohíno además; un predicador se va a predicar al cielo, montado en un carro de fuego que tiraban cuatro caballos de fuego; un doctor, acompañado de dos o tres millones de hombres que con él se van escapados, atraviesa el mar a pie enjuto; otro doctor para el Sol y la Luna; aunque esto no lo extraño, porque me has dicho que otro tanto había hecho Baco. Lo que más me repugna, por ser muy aseado y recatado, es que mande el Dios de esta gente a uno de sus predicadores que coma materia fecal extendida en rebanadas de pan y a otro que duerma por su dinero con mozas del partido y que les haga chiquillos. Todavía hay cosas peores; este docto nos describe a dos hermanas, Oholá y Oholibá. Tú, que todo lo has leído, sabes lo que hacen. Mi mujer ha quedado muy escandalizada de este artículo y se ha puesto colorada hasta lo blanco de los ojos; y noté que la buena Dera estaba toda encendida oyendo este párrafo. Fuerza es, por cierto, que sea el franciscano Fa-molto hombre de armas tomar. No obstante, cuando advirtió que Hechizo de los ojos y yo estábamos muy incomodados, cerró el libro y se fue a meditar sobre el texto. Dejóme su libro sagrado, del cual he leído algunas páginas salteadas. ¡Oh, Brahma! ¡Oh, justicia eterna! ¡Qué hombres! Todos duermen con sus sirvientas cuando son viejos; el uno hace porquerías con su madrastra, el otro con su nuera; aquí una ciudad toda entera se empeña en tratar a un pobre sacerdote como si fuera una linda chica; allá dos señoritas de circunstancias emborrachan a su padre, duermen con él una tras de otra y paren de resultas.

Pero lo que más me ha atemorizado y más me ha horrorizado es que los moradores de una magnífica ciudad, a quien había diputado Dios dos seres eternos de los que sin cesar están a las plantas de su trono, dos puros espíri-

tus resplandecientes de divina luz... mi pluma y mi alma se estremecen...  
¿Te lo diré? Sí, estos moradores hicieron cuanto por violar a los mensajeros de Dios pudieron. ¡Qué abominable pecado con hombres! ¡Mas con ángeles! ¿Es posible? Bendigamos a Birma, a Visnú y a Brahma, amado Chastasid, y démosle gracias de no haber cometido nunca tan infames torpezas. Dicen que antiguamente quiso el conquistador Alejandro introducir esta tan perniciosa costumbre entre nosotros, y que públicamente disfrutaba de su gitón Hefestión; pero le castigó el cielo y él y Hefestión murieron en la flor de su edad.

Salve, maestro de mi alma, espíritu de mi espíritu. Adaté, la triste Adaté, se encomienda a tus oraciones.

---

## CARTA CUARTA

### DE AMABED A CHASTASID

Del Cabo que llaman de Buena Esperanza, a 15 del mes del Rinoceronte.

Mucho tiempo hace que no he tendido en una tabla mis hojas de algodón ni mojado mi pincel en laca negra desleída para darte cuenta exacta de mi viaje. Detrás de nosotros hemos dejado a mano derecha el golfo de Bab el-Mandeb, que penetra en el célebre mar Rojo, cuyas olas antiguamente se dividieron y se amontonaron como montañas para abrir paso a Baco y a su ejército. Siento que no hayamos hecho aguada en las playas de la Arabia Feliz, país casi tan hermoso como el nuestro, donde quiso Alejandro establecer la silla de su imperio y el emporio del comercio del mundo. Hubiera deseado ver a Adén o Edén, cuyos sagrados jardines tan famosos en la antigüedad fueron; a Moca, tan afamada por su café, que hasta ahora solo en esta provincia se cría; a la Meca, donde estableció el gran Profeta de los musulmanes la silla de su imperio, y adonde cada año van tantas naciones de África, Asia y Europa a besar una piedra negra que cayó del cielo, el

cual raras veces envía piedras semejantes a los mortales; pero no nos es dado satisfacer nuestra curiosidad, y surcamos sin cesar los mares por llegar a Lisboa, y de Lisboa a Roma.

Ya hemos pasado la línea equinoccial y hemos desembarcado en el reino de Malindi, donde poseen los portugueses un puerto importante, y nuestra tripulación ha embarcado aquí marfil, ámbar gris, cobre, plata y oro. Ahora estamos en el gran Cabo, que es el país de los hotentotes, pueblos que al parecer no descienden de los hijos de Brahma. Aquí la naturaleza ha dado a las mujeres un delantal formado por su propio cutis, delantal que cubre su joyel, que idolatran los hotentotes y al que componen décimas y coplas. Estos pueblos andan en cueros, moda que es muy natural, pero que no me parece ni decente ni bien imaginada. Mucha es la desgracia de un hotentote, que cuando ha visto por detrás y por delante a su hotentota nada más tiene que desear, y faltándole el embeleso de los estorbos que vencer, no tiene incitativo ninguno. Los ropajes de nuestras indias, que fueron inventados para que los remangáramos, denotan muy superior ingenio; y estoy persuadido a que el mismo sabio indio a quien debemos los juegos del ajedrez y del chaquete también imaginó para felicidad nuestra los arreos femeniles.

Dos días nos detendremos en este cabo, que es el fin del mundo y que parece que separa el Occidente del Oriente. Cuanto más en el color de estos pueblos medito, en la especie de cloquear que usan para explicarse en vez de un idioma articulado, en su rostro, en el delantal de sus damas, más me convenzo de que esta casta no puede proceder del mismo origen que nosotros.

Nuestro capellán afirma que hotentotes, negros y portugueses todos descienden de un mismo padre; aserción muy ridícula. Tanto monta decir que las gallinas, los árboles y la hierba de estos países proceden de las gallinas, los árboles y la hierba de Benarés o Pekín.

---

## CARTA QUINTA

## DE AMABED

A 16 por la tarde, del Cabo de Buena Esperanza.

Otra aventura. Se paseaba el capitán con Hechizo de los ojos y conmigo por una cuesta a cuyos pies viene el mar del Sur a quebrantar sus olas, mientras que el capellán Fa-molto había llevado a su sabor a nuestra joven Dera a una casita recién edificada que llaman una taberna. La pobre muchacha no recelaba desmán ninguno ni creía que tuviese que temer cosa ninguna, visto que el capellán no es dominico. En breve oímos gritar. Figúrate que el padre Fa-tutto ha tenido celos de este convite y ha entrado como un desaforado en la taberna, donde había dos marineros que también estaban celosos. Tremenda pasión es la de los celos. Los dos marineros y los dos sacerdotes habían bebido en abundancia aquel licor que dicen los europeos que fue inventado por su Noé, y que atribuimos nosotros a Baco; fatal dádiva que pudiera ser útil si no fuera su abuso tan fácil. Dicen los europeos que esta pócima les da ingenio: ¿cómo puede ser, pues les priva de razón?

Los dos marineros y los dos bonzos de Europa se han aporreado cruelmente; un marinero pegaba a Fa-tutto, este al capellán, y el franciscano al otro marinero que restituía lo que le endosaban. Todos cuatro mudaban a cada instante de mano: dos contra dos, tres contra uno, todos contra todos; votando y tirando todos de nuestra desventurada, que ponía los gritos en el cielo. Al estruendo acudió el capitán, que sacudió indistintamente a los cuatro combatientes, y para poner a Dera en paraje seguro, se la llevó a su cuarto, donde está encerrada con él dos horas hace. Los oficiales y pasajeros, que todos son muy corteses, se han juntado en torno de nosotros y nos han afirmado que ambos frailes (así los llaman) serán castigados con el mayor rigor por el vice-Dios así que lleguen a Roma, esperanza que nos ha consolado algo.

Al cabo de dos horas ha vuelto el capitán trayéndonos a Dera con cortesías y cumplidos, de que ha quedado muy satisfecha mi querida mujer. ¡Brahma, qué cosas tan extrañas en los viajes suceden, y cuánto más cuerdo sería no salir uno de su casa!

---

## CARTA SEXTA

### DE AMABED EN EL CAMINO

Desde la aventura de nuestra Dera no te he vuelto a escribir. Durante la travesía la ha tratado nuestro capitán con el mayor obsequio: yo me temía que obsequiara todavía más a mi mujer; pero esta ha fingido que estaba embarazada de cuatro meses, y consideran los portugueses a las mujeres encinta como a personas sagradas a quien no es lícito dar que sentir, lo cual es un buen estilo que pone a salvo el precioso honor de Adaté. El dominico ha recibido orden de no presentarse delante de nosotros y ha obedecido.

Algunos días después de la escena vino el franciscano a pedirnos perdón; yo le llamé aparte y le pregunté cómo se había podido propasar tanto habiendo hecho voto de castidad. Respondióme:

—Verdad es que hice ese voto; pero si hubiese prometido que no circularía la sangre en mis venas, ni crecerían mis uñas y mis cabellos, bien confesaréis que no podía cumplir con semejante promesa. En vez de precisarnos a hacer juramento de ser castos, debían forzarnos a que lo fuéramos haciendo eunucos a todos los frailes. El pájaro vuela mientras tiene plumas, y el único modo de estorbar que corra un venado es cortarle las piernas. Estad cierto de que los sacerdotes robustos como yo, que no tienen mujer, se abandonan, contra su voluntad, a excesos de que se sonroja la naturaleza, y van luego a celebrar los sagrados misterios.

Mucho he aprendido en la conversación con este hombre, el cual me ha instruido en los misterios de su religión, que todos me han pasmado.

—El reverendo padre Fa-tutto — me dijo — es un bribón que no cree una palabra de todo cuanto enseña; yo por mí tengo violentas dudas, pero las remuevo poniéndome una venda en los ojos, repelo mis pensamientos y adelanto como puedo en la carrera. Todos los frailes están reducidos a esta alternativa: o la incredulidad los fuerza a que detesten de su profesión, o la aguantan a fuerza de estupidez.

¿Crearás que después de esta confesión me propuso que me hiciera cristiano? Yo le dije:

—¿Cómo me exhortáis a que abrace una religión de que vos propio no estáis convencido, a mí, nacido en la religión más antigua del universo, cuyo culto existía, por confesión de vos mismo, lo menos ciento quince mil trescientos años antes que en el mundo hubiera frailes franciscos?

—Ah, querido indio — me respondió —, si logro que vos y la bella Adaté os hagáis cristianos, reventará de rabia ese belitre de dominico que no cree que la Virgen Santísima fue concebida sin mancha de pecado original; me haríais rico, y acaso llegaría yo a ser obispo; haríais una obra de caridad y Dios os lo pagaría.

Así, divino Chastasid, se encuentran entre estos bárbaros de Europa hombres que son una mezcla de errores, flaquezas, codicia y necedad, y otros que son pícaros empedernidos y consecuentes. Estas conversaciones se las he participado a Hechizo de los ojos, que se ha reído de ellas con desdeñosa compasión. ¿Quién hubiera creído que en un navío que surca los mares de África hubiéramos aprendido a estimar a los hombres en lo que valen?

---

## CARTA SÉPTIMA

### DE AMABED

¡Qué hermoso clima el de estas playas meridionales, y qué asquerosos moradores! ¡Qué brutos! Cuanto más hace la naturaleza por nosotros, menos hacemos nosotros por ella. Todos estos pueblos no conocen arte ninguno, y entre ellos es una cuestión muy convenida saber si descienden de los simios o los simios de ellos. Dicen nuestros sabios que es el hombre imagen de Dios: ¡donosa imagen del Ser Eterno unas narices negras aplastadas, con migaja más o menos de inteligencia! Sin duda que vendrá tiempo en que sepan estos animales cultivar la tierra, adornarla con habitaciones y jardines y conocer el camino de los astros. Para todo se necesita tiempo; nuestra filosofía tiene ciento quince mil seiscientos cincuenta y dos años de

fecha, y de veras que, con todo el respeto que te debo, creo que nos equivocamos, porque me parece que se necesita mucho más tiempo para llegar al punto en que nos hallamos. Supongamos veinte mil años no más para inventar un tolerable idioma, otro tanto para escribirlo por medio de un alfabeto, otro tanto para la metalurgia, lo mismo para el arado y la lanzadera, y tiempo igual para la navegación, sin mentar otras artes que requieren siglos. Los caldeos cuentan cuatrocientos mil años, y aún no bastan.

En una costa que llaman Angola ha comprado el capitán seis negros que le han vendido por el precio corriente de seis bueyes. Preciso es que esté mucho más poblado este país que el nuestro, pues venden tan baratos a los hombres; ¿pero cómo se concierta población tan abundante con tan crasa ignorancia? El capitán trae unos músicos consigo, a quienes mandó que tocaran sus instrumentos, y al punto echaron a bailar estos desventurados negros casi tan a compás como nuestros elefantes. ¿Es posible que, siendo tan aficionados a la música, no hayan inventado ni el violín ni siquiera la gaita? Me responderás, gran Chastasid, que no ha podido la industria de los elefantes llegar tan allá, y que es menester tiempo. A eso no encuentro réplica.

---

## CARTA OCTAVA

DE AMABED

Apenas ha pasado un año de nuestra salida y ya estamos a vista de Lisboa, sobre el río Tajo, que de tiempo inmemorial está reputado por llevar oro en sus arenas; y si es así, ¿por qué lo van a buscar tan lejos los portugueses? Todos los europeos responden a esto que nunca está de sobra. Lisboa, como tú me habías dicho, es la capital de un reino muy chico y la patria de ese Albuquerque que tanto mal nos ha hecho. Confieso que es una acción grande que estos portugueses hayan sometido parte de nuestros hermosos países; fuerza es que el deseo de tener pimienta dé industria y valor.

Hechizo de los ojos y yo esperábamos entrar en la ciudad; pero no lo han permitido, diciendo que somos prisioneros del vice-Dios y que el dominico Fa-tutto, el capellán franciscano Fa-molto, Dera, Adaté y yo, todos hemos de ser juzgados en Roma, y así nos han trasladado a otro navío que va a la ciudad del vice-Dios.

El capitán es un español viejo que en nada se parece al portugués que con tanta cortesía nos trataba; este solo por monosílabos se explica, y eso raras veces; en el cinto trae una sarta de cuentas que está contando sin cesar, lo cual dicen que es prueba de singular virtud. Dera siente mucho haber perdido al otro capitán, que le parecía muy más urbano. Al español le han entregado un gran lío de papeles para formalizar nuestra causa en la curia de Roma. Un escribano del navío los ha leído en voz alta y dicen que el padre Fa-tutto será condenado a remar en las galeras del vice-Dios, y que darán doscientos azotes al capellán Fa-molto, y toda la tripulación es del mismo dictamen. El capitán guardó los papeles sin hablar palabra.

Vamos a hacernos a la vela. Tenga Brahma compasión de nosotros y él te colme de favores. Brahma es justo; pero es cosa rara que, habiendo yo nacido en las riberas del Ganges, me vayan a juzgar en Roma, puesto que, según dicen, otro tanto ha sucedido con más de un extranjero.

---

## CARTA NOVENA

DE AMABED

No hay nada de nuevo; toda la tripulación es taciturna y adusta como el capitán. Ya sabes el refrán indio que dice que los criados se conforman a las costumbres de los amos. Hemos pasado un mar que no tiene arriba de nueve mil pasos de ancho entre dos montañas y hemos entrado en otro sembrado de islas. Una hay muy extraña, que la gobiernan unos religiosos cristianos que llevan traje corto y sombrero y hacen voto de matar a todos cuantos

traen turbante y ropa larga, y con eso deben rezar. Luego hemos fondeado en otra isla mayor y más hermosa que llaman Sicilia; antiguamente era mucho más opulenta y hablan de ciudades admirables de las cuales solo se ven las ruinas. Fue habitada por dioses y diosas, por gigantes y héroes; se forjaban en ella los rayos y una diosa llamada Ceres la cubrió de ricas mieses. Todo esto lo ha mudado el vice-Dios y ahora se ven en ella muchas procesiones y muchos rateros.

---

## CARTA DÉCIMA

### DE AMABED

Por fin ya estamos en la tierra sagrada del vice-Dios. En el libro del capellán había leído que este país era de oro y zafiros, las paredes de esmeraldas y rubíes, los arroyos de aceite, las fuentes de leche y los campos cubiertos de viñas, y que cada cepa daba cien cubas de vino. Acaso lo veremos todo esto cuando estemos cerca de Roma.

Con mucha dificultad hemos anclado en un puertecillo muy incómodo que llaman Civitavecchia (la ciudad vieja), que se está viniendo abajo y está muy bien nombrada. Para nuestra conducción nos han dado unas carretas tiradas de bueyes. Menester es que vengan de muy lejos estos bueyes, porque el país a izquierda y a derecha está inculto y no se ven más que hediondos pantanos, malezas y páramos eriales. En el camino cuantas gentes hemos visto estaban cubiertas con media capa y sin camisa, y nos pedían limosna con mucha arrogancia. Nos han dicho que no comían más que unos panecitos redondos muy delgados que les dan de balde por la mañana, y que no bebían más que agua bendita.

Si no fuera por esta chusma de pordioseros que andan cinco o seis mil pasos para alcanzar con sus lamentaciones la trigésima parte de una rupia, sería este distrito un horroroso desierto. Nos han advertido que si uno pasa

en él la noche corre riesgo de perder la vida. De presumir es que está Dios enojado con su vicario y que por eso le ha dado un país que es la cloaca de la naturaleza. He sabido que antiguamente era esta comarca muy hermosa y fertilísima, y que es tan miserable desde que están en posesión de ella estos vicarios.

Te escribo, sabio Chastasid, desde mi carreta, donde voy aburrido. Adaté está atónita. Así que llegue a Roma te volveré a escribir.

---

## CARTA UNDÉCIMA

DE AMABED

Esto se acabó; ya estamos en esta ciudad de Roma. Llegamos de día claro ayer, día 3 del mes de la oveja, que aquí cuentan a 15 de marzo de 1513; y, desde luego, hemos experimentado todo lo contrario de lo que aguardábamos.

Apenas llegamos a la puerta llamada de San Pancraccio, cuando vimos dos escuadrones de espectros: el uno vestido como nuestro capellán y el otro como el padre Fa-tutto. Cada uno llevaba un estandarte a la cabeza y un palo grande al cual iba clavado un hombre de bulto, desnudo, en la misma situación que el de Goa. Iban de dos en dos entonando cánticos que harían bostezar a una provincia. Cuando estuvo esta procesión junto a nuestra carreta, una banda gritó: "¡San Fa-tutto!", y la otra: "¡San Fa-molto!". Besaron luego sus ropajes y la gente se hincó de rodillas.

—¿Cuántos indios habéis convertido, reverendo padre?

—Quince mil setecientos —dijo el uno.

—Once mil novecientos —respondió el otro.

—Bendita sea la Virgen María.

Tenía todo el mundo clavados los ojos en nosotros y todos nos rodeaban.

—¿Son catecúmenos estos, reverendo padre?

—Sí, que los hemos bautizado.

—De veras que son muy bonitos. Gloria en las alturas, gloria en las alturas.

Una de las procesiones condujo al padre Fa-tutto y otra al padre Fa-molto a sus casas, que eran dos edificios magníficos. Nosotros nos fuimos a la posada, y la gente nos seguía gritando ¡Cazzo, cazzo! , echándonos bendiciones, besándonos las manos y haciéndose lenguas en alabanza de mi querida Adaté, de Dera y de mí propio. No podíamos volver en nosotros de puro pasmados.

Apenas estábamos en el mesón, vino a darnos el parabién de nuestro arriba un hombre vestido de una ropa morada y acompañado de otros dos con capas negras. Lo primero que hizo fue brindarnos con dinero de parte de la Propaganda, si lo necesitábamos. No sé lo que es esta Propaganda. Le respondí que todavía no nos faltaba y que teníamos muchos diamantes; y efectivamente había traído siempre mi bolsillo y una caja de brillantes escondida en los calzones. Al punto se postró casi el hombre a mis pies y me dio tratamiento de excelencia.

—¿Está muy cansada del viaje la excelentísima señora Adaté? ¿Se quiere acostar? Mucho temo incomodarla, pero siempre me tendrá a sus órdenes. El señor Amabed puede mandarme; le enviaré un cicerone a su servicio; en mí tiene un criado. ¿Quieren ambos, cuando hayan descansado, favorecerme yendo a refrescar a mi casa? Tendré la honra de enviarles el coche.

Yo confieso, divino Chastasid, que no son los chinos tan corteses como esta nación occidental. Este señor se retiró: la bella Adaté y yo dormimos seis horas, y cuando fue de noche vino el coche a llevarnos a casa de este hombre tan urbano. El aposento estaba iluminado y ornado de pinturas muy más agradables que la del hombre desnudo que vimos en Goa. Una sociedad muy numerosa nos colmó de halagos, se maravilló de que fuéramos indios, nos dio el parabién porque estábamos bautizados y nos brindó con sus servicios por todo el tiempo que quisiésemos estar en Roma.

Queríamos pedir justicia del padre Fa-tutto, pero no nos dieron lugar para explicarnos. Al fin nos volvieron a conducir a nuestra posada, atónitos y

confusos con tanto agasajo y sin saber lo que por nosotros pasaba.

---

## CARTA DUODÉCIMA

DE AMABED

Hoy hemos recibido innumerables visitas y nos ha enviado una tal princesa de Piombino dos escuderos para convidarnos a comer. Hemos ido a su casa en un coche magnífico; el hombre morado estaba en ella. Me han dicho que es un "señor", esto es, un criado del vice-Dios, de los que aquí llaman preferidos (prelati). No hay mujer más amable ni más atenta que la princesa de Piombino. A la mesa me sentó a su lado y extrañó mucho nuestra repugnancia en comer pichones romanos y perdices. Nos dijo el preferido que siendo bautizados debíamos comer perdices y beber vino de Montepulciano; que así lo hacían todos los vice-Dioses y que esa era la señal esencial de verdadero cristiano. La bella Adaté, con su acostumbrado candor, respondió que no era cristiana y que estaba bautizada en el Ganges.

—¡Dios mío, señora! —le dijo el preferido—, en el Ganges, en el Tíber o en una pila, poco importa: basta que sois de los nuestros. El padre Fa-tutto os ha convertido y es un honor para nosotros que no queremos perder. Ved cuánto más vale nuestra religión que la vuestra.

Y diciendo esto cubrió nuestros platos de alones de polla. La princesa brindó a nuestra salud y a nuestra salvación; y con tanta gracia nos instaron, tantos donaires dijeron, tan corteses, tan alegres, tan halagüeños estuvieron, que al cabo hechizados del deleite (perdóneme Brahma) Adaté y yo comimos las viandas más exquisitas, con propósito firme de lavarnos en el Ganges hasta las orejas para borrar tamaño pecado. Nadie dudó de que éramos cristianos.

—Menester es —decía la princesa— que sea el padre Fa-tutto gran misionero, y estoy tentada a escogerle por confesor.

Mi pobre mujer y yo bajábamos los ojos de rubor. De cuando en cuando indicaba la señora Adaté que habíamos venido a que nos juzgara el vice-Dios, y que deseaba mucho verle.

— Ahora no lo hay — dijo la princesa —, que se ha muerto y se está trabajando en hacer otro; así que esté hecho, seréis presentados a Su Santidad, presenciaréis la fiesta más augusta que pueden ver los hombres y seréis su más hermoso ornato.

La respuesta de Adaté fue muy discreta y la princesa se ha prendado de ella.

Al fin de la comida nos han dado una música que me atrevo a decir que era muy superior a la de Benarés y Maduré. Después de comer hizo la princesa poner cuatro carros dorados y subimos con ella al suyo. Nos enseñó hermosos edificios, estatuas y pinturas. Por la noche bailaron. Yo comparaba en secreto esta acogida tan afectuosa con el calabozo subterráneo donde nos habían encerrado en Goa, y apenas podía comprender cómo podía un mismo gobierno y una misma religión ser tan suaves y tan blandos en Roma y cometer tantos horrores en países lejanos.

---

## CARTA DÉCIMATERCERA

DE AMABED

Mientras que está la ciudad dividida en facciones sordas para elegir un vice-Dios; que, animadas estas facciones de la enemiga más violenta, se halagan todas con una urbanidad que se parece a la amistad; que contempla el pueblo a los padres Fa-tutto y Fa-molto como validos de la Divinidad; que se agolpa la gente cerca de nosotros con curiosidad y respeto, reflexiono yo profundamente, amado Chastasid, acerca del gobierno de Roma, y lo comparo con el banquete que nos ha dado la princesa de Piombino. Era la sala aseada, cómoda y ornada; resplandecía en las mesas la plata y el oro, y los

convidados rebosaban en júbilo con discreción y gracia; empero corría en las cocinas la sangre y la grasa, y amontonadas en desorden las pieles de los cuadrúpedos, las plumas y las entrañas de los pájaros levantaban el estómago y exhalaban hediondez.

Asimismo me parece que es la corte romana: halagüeña y cortés en su país, y en los otros entremetida y tiránica. Cuando decimos que esperamos que hagan justicia con Fa-tutto, se echan a reír diciéndonos que somos muy superiores a semejantes frioleras; que nos aprecia en mucho el gobierno y no puede consentir que conservemos rencor por una chanza; que los Fa-tuttos y Fa-moltos son especies de simios que se crían con mucho esmero para hacer gestos que diviertan al pueblo, y concluyen con profesiones de respeto y cariño. ¿Qué determinación podemos tomar, gran Chastasid? Lo más cuerdo creo que es reírnos como los demás y ser corteses como ellos. Entre tanto, quiero estudiar a Roma, que bien lo merece.

---

## CARTA DÉCIMACUARTA

DE AMABED

Mucho tiempo ha mediado entre mi última carta y esta, y en este intervalo he leído, he visto, he conversado, he meditado. Te juro que nunca hubo en la tierra mayor contradicción que la que reina entre el gobierno romano y su religión. Ayer se lo decía a un teólogo del vice-Dios. En esta corte un teólogo es lo que son los criados de escalera abajo en las casas principales, que hacen las haciendas más afanosas, sacan la porquería y, si encuentran algún trapo que les pueda servir, lo guardan para cuando lo necesiten. Le dije pues:

— Vuestro Dios nació en un pesebre entre un buey y un burro; se crió, vivió y murió pobre; mandó expresamente a sus discípulos que fueran pobres, y les declaró que no había de haber entre ellos primero ni postrero y

que el que quisiera mandar en los otros los serviría; y aquí veo que hacen justamente lo contrario de lo que quiere vuestro Dios. Vuestro culto es en todo distinto del suyo, y obligáis a los hombres a que crean cosas que él no mentó siquiera.

— Todo eso es verdad — me respondió —: nuestro Dios no mandó formalmente a nuestros amos que se enriquecieran a costa de los pueblos, pero se lo mandó virtualmente. Nació entre un burro y un buey, pero también vinieron tres reyes a adorarle a su caballeriza: los bueyes y los burros son los pueblos a quien enseñamos, y los tres reyes representan a todos los monarcas que están a nuestras plantas. Sus discípulos eran pobres; luego deben nuestros amos manar hoy día en riquezas, porque si los primeros vice-Dioses no necesitaban más que de una peseta, los de hoy necesitan de treinta millones de pesetas, y siendo pobre aquel que no tiene más de lo necesario, nuestros amos, que no tienen siquiera lo necesario, cumplen con rigor con la ley de pobreza. En cuanto a los dogmas, nunca escribió ninguna cosa nuestro Dios, y nosotros sabemos escribir; luego a nosotros compete escribir los dogmas: por eso los hemos ido fabricando con el tiempo cuando ha sido menester. Por ejemplo, el matrimonio lo hemos hecho señal visible de una cosa invisible, y así todos los pleitos que por asunto de matrimonio se suscitan en cualquier rincón de Europa vienen a parar a nuestro tribunal de Roma, porque somos los únicos que podemos ver las cosas invisibles, y este es un abundante venero de tesoros que se desaguan en nuestra sagrada cámara de rentas para apagar la sed de nuestra pobreza.

Le pregunté si tenía la sagrada cámara otros recursos.

— Sin tasa — dijo —, porque nos aprovechamos de los vivos y los muertos. Por ejemplo, así que fallece un alma, la enviamos a una enfermería y hacemos que tome una purga en la botica de las almas, y no es decible el dinero que nos vale esta botica.

— ¿Cómo así, monseñor? Pues yo creía que el bolsillo de un alma no debía de estar muy lleno.

— Verdad es, signore, pero para eso tiene parientes que se dan prisa a sacar de la enfermería el alma su parienta difunta, y a colocarla en sitio más ameno, que sería cosa penosa para un alma llevarse toda la eternidad en tomar purgas. Nos ajustamos con los vivos, que compran la salud de las almas de sus parientes difuntos, unos más caro, otros más barato, según las

facultades de cada uno, y les damos letras de cambio para la botica; y os aseguro que es una de nuestras rentas más pingües.

—Pero, monseñor, ¿por dónde reciben las almas esas letras?

Se echó a reír y dijo:

—Allá se las hayan sus parientes; además de que ya os he dicho que tenemos incontestable potestad en las cosas invisibles.

Este monseñor me parece un perillán con muchas conchas: yo me instruyo mucho en su compañía y me voy haciendo otro de lo que era.

---

## CARTA DÉCIMAQUINTA

DE AMABED

Has de saber, amado Chastasid, que el cicerone a quien me ha recomendado monseñor, y de quien te hablé en mis anteriores, es un sujeto muy capaz que enseña a los forasteros las cosas curiosas de Roma antigua y moderna. Una y otra, como ves, han sido árbitras de los reyes; pero los antiguos romanos granjearon su poder con la espada, y los modernos con la pluma. La disciplina militar dio el imperio a los Césares, cuya historia se lee, y la disciplina monástica da otra especie de imperio a estos vice-Dioses que llaman Papas. En la misma plaza donde se veían otro tiempo triunfos se ven ahora procesiones.

Todo esto se lo explican los cicerones a los forasteros, y les proporcionan libros y mozas. Como yo, aunque mozo, no quiero ser infiel a mi hermosa Adaté, me ciño a los libros y estudio con particularidad la religión de este país, que me divierte mucho.

He leído con mi cicerón la historia de la vida del Dios del país, que es muy extraña. Era este un hombre que secaba las higueras con una palabra no más, convertía el agua en vino y ahogaba los puercos. Tenía muchos en-

emigos: ya sabes que era natural de un villorrio sujeto al Emperador de Roma. Sus enemigos, que eran astutos, le preguntaron un día si estaban obligados a pagar pecho al Emperador, y él les respondió: "Dad al príncipe lo que es del príncipe, y dad a Dios lo que es de Dios". Cuerdo me parece la respuesta; hablaba de ella con mi cicerón cuando entró monseñor. Le dije mil bienes de su Dios y le rogué que me explicara cómo observaba este precepto su cámara de rentas guardándolo todo para sí y no dando nada al Emperador; porque has de saber que puesto que tienen los romanos un vice-Dios, también tienen un Emperador al cual titulan Rey de Romanos. El varón discreto me respondió así:

— Verdad es que tenemos un Emperador, pero que solo en pintura lo es; está desterrado de Roma, no posee ni siquiera una mala casa en ella, y le dejamos que viva a orillas de un caudaloso río que está helado cuatro meses al año, en un país cuya lengua nos desuella los oídos. El verdadero Emperador es el Papa, que reina en la capital del imperio; de suerte que "dad al Emperador" significa "dad al Papa"; y "dad a Dios", también quiere decir "dad al Papa", que es en efecto vice-Dios, único dueño de todos los corazones y todos los bolsillos. Si el otro Emperador que reside cerca de un caudaloso río se atreviese a chistar siquiera, levantaríamos contra él a todos los moradores de las riberas del río caudaloso, que la mayor parte son corpachones privados de inteligencia, y armaríamos contra él a los demás reyes que partirían con nosotros su despojo.

Ya estás informado, divino Chastasid, del espíritu de Roma.

El Papa es en grande lo que el Dalái Lama en miniatura, y si no es inmortal como el lama, es omnipotente mientras vive, que vale más. Si algunas veces le resisten, si le deponen, si le dan de bofetadas o le quitan la vida en brazos de su dama, como ya ha sucedido, nunca estos inconvenientes redundan en desdoro de su divino carácter; posible es darle una tunda de azotes, pero siempre se debe creer cuanto dice. El Papa muere, el papado es inmortal. Tres o cuatro vice-Dioses ha habido a veces a la par, que todos competían por la silla pontifical: entonces la divinidad se partía entre todos; cada uno tenía una porción y era infalible en su partido.

Pregunté a monseñor con qué artes había conseguido su corte gobernar a todas las demás.

—Poco arte — me dijo— necesitan los hombres de talento para conducir a los tontos.

Quise saber si no había nunca habido rebeliones contra los fallos del vice-Dios, y me confesó que hombres había habido tan temerarios que habían alzado los ojos, pero que al instante se los habían sacado, o habían sido exterminados estos miserables, no habiendo hasta ahora servido estas rebeliones más que para afianzar más la infalibilidad en el trono de la verdad.

Un nuevo vice-Dios acaban de nombrar: tocan las campanas, retumban los tambores, suenan las trompetas, la artillería dispara y responden cien mil gritos. Te informaré de todo cuanto viere.

---

## CARTA DÉCIMASEXTA

DE AMABED

A 25 del mes del cocodrilo, o a 13 del planeta Marte, como aquí dicen, eligieron unos hombres inspirados y vestidos de encarnado al varón infalible ante quien he de ser juzgado con Hechizo de los ojos en calidad de apóstata.

Este dios en la tierra se llama León, décimo de su nombre (León X), y es arrogante mozo de treinta y cuatro o treinta y cinco años: las mujeres están locas de contento con él. Adolecía de un mal inmundo que aún no está bien conocido fuera de Europa, pero de que ya empiezan los portugueses a inficionar el Indostán, y creían que se moriría de él: por eso le eligieron para que vacase en breve este sublime puesto; pero ha sanado y se ríe de los que le nombraron.

No ha habido cosa más magnífica que su coronación: cinco millones de rupias ha gastado en subvenir a las necesidades de su Dios, que tan pobre vivió. En el bullicio de las fiestas no he podido escribirte, que con tanta

prontitud se seguían unas a otras y tantos pasatiempos he disfrutado que no he tenido ni un instante de vagar. El vice-Dios León ha dado fiestas de que no te puedes formar idea, pero una particularmente me gusta más que todas las demás; llámanla comedia, y es una representación de la vida humana, una viva pintura donde los personajes hablan y obran, exponen sus intereses, desenvuelven sus pasiones y mueven los ánimos de los espectadores.

La comedia que antes de ayer vi en el palacio papal se titula La Mandrágora, y el asunto es un mozo astuto que quiere dormir con la mujer de su vecino y cohecha con dinero a un fraile, a un Fa-tutto o Fa-molto, para que gane a su querida y haga que caiga el marido en un lazo ridículo. En toda la pieza se escarnece la religión que profesa Europa, cuyo centro es Roma y su trono la cátedra papal. Acaso te parecerán, querido y piadoso Chastasid, indecentes semejantes diversiones. Hechizo de los ojos ha quedado escandalizada, pero es tan bonita la comedia que ha podido más su gusto que su escándalo.

Sin interrupción se han sucedido los banquetes, las máscaras, las ceremonias espléndidas de religión y los volatines. Las máscaras son cosa muy divertida: cada persona convidada se pone un traje extraño y una cara de cartón pegada a la suya, y con este disfraz se dicen cosas que hacen caerse de risa. Mientras dura la comida hay una música muy grata; por fin, es cosa de encantamiento.

Me han contado que en las bodas de uno de sus bastardos, un vice-Dios predecesor de León, llamado Alejandro, sexto de este nombre, dio una fiesta mucho más extraordinaria, en la cual bailaron cincuenta mozas en cueros; los brahmanes nunca instituyeron semejantes bailes. Ya ves que en cada país hay sus estilos. Te abrazo con respeto y te dejo para ir a bailar con mi bella Adaté. Cólmete Birma de bendiciones.

---

## CARTA DECIMASÉPTIMA

## DE AMABED

En verdad, gran Brahma, que no han sido todos los vice-Dioses tan amenos como el que hoy tenemos; es un gusto vivir bajo su dominio. El difunto, llamado Julio, era de distinta condición: viejo soldado, turbulento, aficionado a la guerra como un loco, siempre a caballo, siempre con el yelmo en la cabeza, repartiendo bendiciones y sablazos, embistiendo con todos sus vecinos, condenando sus almas y matando sus cuerpos a más no poder: al cabo murió de un sofoco de rabia. ¡Qué diablo de vice-Dios era el tal! ¿Querrás creer que con un pedazo de papel se imaginaba que privaría de sus reinos a los reyes? Se le puso en la cabeza destronar así al rey de un país bastante vasto que llaman Francia: este rey era un bonazo que aquí está reputado por tonto porque no fue dichoso. El pobre príncipe se vio obligado un día a convocar a los varones más doctos de su reino para que le dijeran si se podía defender lícitamente de un vice-Dios que le destronaba con papeles.

Muy bonazo es quien tal cosa pregunta. Manifestándole yo mi extrañeza al monseñor morado que se ha hecho amigo mío, le decía:

—¿Cómo es posible que sean tan tontos en Europa?

—Mucho me temo —me respondió— que a puro abusar los vice-Dioses de la condescendencia de los hombres les abran el entendimiento.

Así es fuerza que haya revoluciones en la religión de Europa. Lo que más extrañarás, sagaz y docto Chastasid, es que no las hubiera bajo el vice-Dios Alejandro, que reinaba antes de Julio y que hacía asesinar, ahorcar, ahogar y envenenar impunemente a todos los señores vecinos suyos. Uno de sus cinco bastardos fue el instrumento de esta caterva de delitos, a vista de toda Italia. ¿Cómo perseveraron los pueblos en la religión de este monstruo? Era el mismo que hacía bailar las mozas sin ornato ninguno superfluo. Sus escándalos debían infundir desprecio y sus crueldades afilar mil puñales contra su pecho, y no obstante vivió acatado y pacífico en su corte. Consiste esto, a mi parecer, en que todos sus delitos aprovechaban al clero y el pueblo nada perdía con ellos. Así que sufran sobradas vejaciones los pueblos, romperán sus grillos. Cien embates del ariete no han podido derribar el coloso, y una piedrecilla lo tirará al suelo: esto dicen aquí los hombres sagaces que se precian de prever los sucesos.

Al fin se han concluido las fiestas, y muy oportunamente, porque no hay cosa que tanto fatigue como las cosas extraordinarias que se hacen comunes: solo las necesidades que renacen sin cesar pueden dar gusto todos los días. Me encomiendo a tus fervientes oraciones.

---

## CARTA DÉCIMA OCTAVA

DE AMABED

Ha querido el infalible ver a solas a Hechizo de los ojos y a mí, y nos ha llevado nuestro monseñor a palacio, haciéndonos hincar tres veces de rodillas. El vice-Dios nos ha dado a besar su pie derecho sin poderse contener de risa, y nos ha preguntado si nos había convertido el padre Fa-tutto y si éramos efectivamente cristianos. Mi mujer le respondió que el padre Fa-tutto era un desvergonzado: el Papa se echó a reír con más fuerza y dio dos besos a mi mujer y a mí también. Mandónos luego sentar al lado de su camilla de besapiés y nos preguntó cómo enamoraban en Benarés, de qué edad se casaban por lo común las doncellas y si el sumo brahmán tenía un serrallo. Mi mujer estaba sonrojada; yo respondía con modestia respetuosa: al fin nos despidió encomendándonos el cristianismo, abrazándonos y dándonos golpecitos en las nalgas en señal de bondad.

Al salir encontramos a los padres Fa-tutto y Fa-molto, que nos besaron la ropa. El primer momento, que siempre arrebató el alma, nos hizo al principio desviarnos con horror; pero nos dijo el morado:

—Aún no estáis diestros; haced mil halagos a estos benditos padres, que en este país es obligación esencial acariciar a sus más crueles enemigos; eso no quita que les deis un veneno si se os presenta ocasión; pero entre tanto manifestadles cordial amistad.

Yo les di un abrazo, pero Hechizo de los ojos les hizo una cortesía muy adusta, y Fa-tutto la miraba de soslayo inclinándose hasta el suelo. Todo

esto es cosa de encantamiento: los días se nos van en maravillarnos. De veras que dudo que sea Maduré más divertido que Roma.

---

## CARTA DÉCIMANONA

DE AMABED

No hacen justicia del padre Fa-tutto. Ayer fue por curiosidad nuestra joven Dera a un templo chico. Estaba la gente hincada de rodillas y un brahmán de este país pomposamente vestido se inclinaba sobre una mesa, volviendo el trasero al pueblo, y decían que estaba "haciendo a Dios". Luego que hubo hecho a Dios, se volvió por delante. Dera dio un grito, diciendo: "¡Ese es el pícaro que me ha violado!". Por fortuna que con el exceso del sentimiento y la confusión dijo estas palabras en indio, y me han asegurado que si las hubieran entendido los asistentes, se hubiera tirado a ella la canalla como a una bruja. Fa-tutto le respondió en italiano: "Hija mía, sea con vos la gracia de la Virgen; hablad más quedo".

Volvió desatentada a contárnoslo. Nos han aconsejado nuestros amigos que no nos quejemos, diciéndonos que Fa-tutto era un santo y que no se debe decir mal de los santos. ¿Qué quieres? Lo hecho, hecho está. Llevamos en paciencia todos los contentos que nos hacen gozar en este país, y cada día nos enseña cosas que no imaginábamos. Muchas cosas se aprenden viajando.

Ha venido a la corte de León un poeta eminente cuyo nombre es messer Ariosto, que no gusta de frailes; mira lo que dice de ellos:

No saben qué es amor, ni el alto precio

De caridad; por eso son los frailes

Vil canalla tan digna del desprecio.

Bien entiendo que diga Ariosto que son los frailes vilísima canalla; mas no sé por qué dice que no saben lo que es amor. ¡Ay! Hartas pruebas tenemos nosotros de lo contrario. Acaso quiere decir que gozan sin amar.

---

## CARTA VIGÉSIMA

DE AMABED

Ya hace algunos días, amado gran brahmán, que no te escribo; y es el motivo los muchos cumplidos con que nos honran. Nos ha dado nuestro monseñor una espléndida comida, con dos mozos vestidos de colorado de pies a cabeza. Su dignidad es la de cardenal, como si dijéramos "quicio de puerta": uno es el cardenal Sacripante y otro el cardenal Faquinetti. Un cardenal es el primer hombre del mundo después del vice-Dios, y así se titulan vicarios del vicario: su derecho, que indubitablemente es derecho divino, es el de ser iguales a los reyes y superiores a los príncipes, y especialmente poseer inmensas riquezas; y bien lo merecen por la mucha utilidad que al mundo acarrear.

Estos dos caballeros propusieron, mientras estábamos comiendo, llevarnos a sus quintas a pasar unos días, porque todo el mundo quiere agasajarnos a porfía. Después de la más graciosa disputa del mundo sobre quién había de ser el preferido, se apoderó Faquinetti de la bella Adaté, y yo cupe en suerte a Sacripante, con pacto de que al día siguiente cambiarían y que al tercero nos reuniríamos todos cuatro. Dera fue con nosotros. No sé cómo contarte lo que nos ha sucedido; voy con todo a probarme a ello.

---

Aquí se concluye el manuscrito de las Cartas de Amabed. En todas las bibliotecas de Maduré y Benarés hemos buscado la continuación, y no hemos podido topar con ella: de suerte que si algún desventurado falsario im-

prime un día la continuación de las aventuras de los dos indios jóvenes, "Nuevas Cartas de Amabed", "Nuevas Cartas de Hechizo de los ojos", "Respuestas del Sumo Brahmán Chastasid", puede estar cierto el lector de que le engañan y le aburren, como ya mil veces en casos semejantes ha sucedido.

FIN DE LAS CARTAS DE AMABED.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**